



CAPÍTULO UNO

EL IMPERIO ENMASCARADO

El aire estaba tan lleno de humo que a duras penas era posible ver el cielo. Cada vez que un viento fuerte lo despejaba, todo volvía a quedar cubierto por el humo de otra aldea saqueada o de un bosque en llamas. Durante el día, el sol parecía un farol débil que brillaba detrás de un velo castaño. De noche, ver una estrella se había convertido en algo tan extraño como ver una estrella fugaz.

El mundo de los cuentos de hadas había enfrentado tiempos difíciles durante los últimos años, pero nunca nada semejante. Era la primera vez en la historia que el *felices por siempre* parecía imposible de recuperar.

Durante el transcurso de una noche, el ejército de winkies de la Bruja Malvada del Oeste atacó el Reino Encantador y el Territorio Troblin. Envío a sus monos voladores a aterrorizar el Imperio de los Duendes y el Reino del Rincón. La Reina de Corazones les ordenó a sus soldados que marcharan a través del Reino del Centro y luego sembraron el caos en el Reino del Este. La banda de piratas del Capitán Garfío envenenó las aguas de la Bahía de las Sirenas, lo cual obligó a las sirenas a huir a una parte más profunda del océano. El barco volador del Capitán Garfío, el *Jolly Roger*, atacó el Reino de las Hadas y dejó el palacio en ruinas. Luego, el Capitán arrasó con el Reino del Norte.

Los soldados y los aldeanos de cada reino, que una vez habían unido fuerzas para luchar contra la Grande Armée, no eran rival para estos invasores. Destruyeron sus hogares y sus aldeas y las quemaron hasta los cimientos. Saquearon sus granjas y sus establos, y robaron su ganado y sus caballos.

Todos suponían que las hadas estaban muertas o escondidas. Los reyes y las reinas habían perdido sus tronos, y sus hogares yacían en ruinas. Los invasores quemaron lentamente de a un bosque a la vez, lo cual dejó cada vez menos y menos escondites donde los animales y los refugiados podían ocultarse.

Los reinos y los territorios del pasado dejaron de existir. Habían unido toda la extensión del mundo de los cuentos de hadas en un solo imperio inmenso gobernado por el infame Hombre Enmascarado y su nuevo Ejército Literario.

Los duendes, los trolls, los goblins y los civiles humanos de todo el mundo de los cuentos de hadas fueron capturados y llevados al Reino del Norte. Los lanzaron al Lago de los Cisnes, junto al Palacio del Norte que había sufrido grandes daños. El



Ejército Literario había drenado el lago y lo había convertido en un cráter profundo y enlodado, perfecto para mantener cautivos a los civiles. Cuando el cráter estuvo lleno de prisioneros, el sol había comenzado a ponerse al oeste en el cielo. Los soldados literarios dirigieron la atención de los presos hacia un gran balcón del palacio.

Las puertas se abrieron y el Hombre Enmascarado apareció. Tenía la cabeza cubierta por completo con una máscara hecha de rubíes y joyas, que tenía solo dos aberturas para los ojos. Había mejorado sus prendas andrajosas y vestía un traje hecho a la medida. Llevaba puesta una larga capa negra con un cuello que sobrepasaba de modo siniestro su cabeza.

El Hombre Enmascarado por fin lucía como el gobernante amenazante que siempre había querido ser.

Su aparición fue recibida con un ruido ensordecedor compuesto por abucheos y silbidos, lo cual solo empeoró cuando la Reina de Corazones, la Bruja Malvada del Oeste y el Capitán Garfio se unieron a él en el balcón. El Hombre Enmascarado alzó las manos frente a él, aceptando el ruido como si fuera un aplauso.

–Vaya, vaya, vaya –dijo él–. ¿Así es cómo se dirigen a su nuevo *emperador*?

Su audiencia prisionera no recibió bien aquel título. Muchos de los civiles habían escondido comida entre las prendas antes de que los obligaran a abandonar sus hogares, y en vez de conservarla, la lanzaron con furia hacia el Hombre Enmascarado. Bombardearon al emperador autoproclamado con tomates, ciruelas y lechuga.

Los civiles estallaron en carcajadas. Incluso la Bruja Malvada del Oeste rio ante aquella escena vergonzosa. Pero el Hombre



Enmascarado no permitiría que sus primeros instantes como emperador se convirtieran en una burla.

–¡SILENCIO! ¡O LOS MATARÉ A TODOS! –gritó el Hombre Enmascarado.

Dejaron de lanzar comida, y un silencio tenso cayó sobre el lago seco. Él ya había destruido sus aldeas y sus hogares; era imposible saber hasta dónde llegaría para ganar su respeto. Un mono alado le entregó un paño al Hombre Enmascarado y él limpió la comida de su ropa.

–De hoy en adelante, ya no serán *personas* pertenecientes a sus reinos patéticos, sino que serán *propiedad* de este imperio –anunció–. Si me faltan el respeto de nuevo, no les mostraré la misma piedad que sus débiles reyes y sus frágiles reinas. ¡Cualquiera que se atreva a enfrentarme no solo perderá la vida, sino que primero observará cómo asesino a su familia también!

Los niños dentro del lago comenzaron a llorar, y sus padres los abrazaron con fuerza. Parecía que los días más oscuros estaban por venir.

–Los he traído a todos aquí para que atestigüen el nacimiento de una nueva era –prosiguió el Hombre Enmascarado–. Pero antes de alcanzar un nuevo futuro, debemos destruir las costumbres del pasado... ¡Y los *líderes* del pasado no son excepción!

El Hombre Enmascarado señaló una gran plataforma de madera que estaba debajo del balcón en el jardín existente entre el palacio y el lago seco. Un hombre muy alto que vestía una capa negra y larga subió a la plataforma y colocó un gran bloque de madera en el centro.

Una docena de monos voladores extrajo un carro de la parte trasera del palacio. En él estaban todos los reyes y las reinas



anteriores del mundo de los cuentos de hadas: Cenicienta, el Rey Chance, la Bella Durmiente, el Rey Chase, Blancanieves, el Rey Chandler, Trollbella, la Emperatriz Elvina, Rapunzel, Sir William e incluso las jóvenes Princesas Esperanza y Huma. Todos los nobles tenían las manos amarradas, los ojos cubiertos con un trozo de tela blanca y la boca amordazada.

El hombre alto en la plataforma tomó una inmensa hacha plateada del interior de su capa. Los civiles comenzaron a gritar horrorizados al comprender cuál era el objetivo: *¡el Hombre Enmascarado ejecutaría a las familias de la realeza!*

Aunque no podían ver, los reyes y las reinas sabían lo que sucedía por el sonido de la multitud aterrada. Lucharon contra sus ataduras, pero los nudos no cedieron. Los civiles intentaban desesperadamente salir del lago seco para salvar a los gobernantes, pero los empujaban de nuevo al interior del cráter lleno de lodo. Los soldados naipe rodeaban el perímetro del lago con los brazos unidos para formar una muralla de contención.

El Hombre Enmascarado rio desquiciado ante el terror que sembraba. Los winkies soldados hicieron bajar a los nobles del carro y los empujaron para que subieran los escalones de la plataforma; luego, montaron guardia alrededor de ella. El verdugo enmascarado afilaba su hacha mientras esperaba su momento de accionar.

–Comienza con los hombres, luego las mujeres y luego los niños –ordenó el Hombre Enmascarado–. *Su Majestad*, ¿podría hacer los honores, por favor?

La Reina de Corazones avanzó al frente del balcón. Con los ojos abiertos de par en par y una sonrisa diabólica, miró hacia abajo hacia los nobles angustiados como si fuera un aperitivo delicioso.



-¡QUEEE LES CORTEN LA CABEZAAAAAAAAA!
-rugió.

El lago estalló en protestas. Las mujeres lloraban y suplicaban con desesperación que detuvieran la ejecución; los hombres gritaban blasfemias dirigidas al Hombre Enmascarado por ser tan cruel. Las familias reales, asustadas, se agruparon en un rincón de la plataforma y temblaron.

El verdugo eligió al Rey Chance como su primera víctima. Sujetó su brazo y lo arrastró hacia el bloque de madera. Cenicienta y Esperanza gritaron amordazadas cuando notaron que él ya no estaba de pie junto a ellas.

El verdugo obligó a Chance a ponerse de rodillas y colocó su cabeza sobre el bloque de madera. Alzó el hacha sobre el cuello del rey y practicó el movimiento que haría. Con cada balanceo, los civiles daban un grito ahogado, temiendo que fuera el golpe letal. Por fin, el verdugo alzó el hacha más alto en el aire de lo que la había alzado antes. Las súplicas y los gritos de los testigos impotentes se multiplicaron; los nobles sabían que en cuestión de segundos el rey perdería la cabeza.

El verdugo bajó el hacha... Pero cuando lo hizo, giró el cuerpo y el filo cortó el suelo de la plataforma en lugar del cuello del rey. De pronto, el suelo cedió y el verdugo y todos los nobles cayeron a través de la plataforma y desaparecieron de la vista. Fue muy inesperado y la multitud aterrorizada hizo silencio: aquello no podía haber sido parte del plan.

-¿QUÉ SUCEDIÓ? -gritó el Hombre Enmascarado desde el balcón-. ¡SÁQUENLOS DE ALLÍ!

Cuando los soldados winkies fueron a inspeccionar la plataforma, *¡tres caballos grandes salieron de ella!* Avena, Hebilla Rebelde y Avenita habían estado ocultos debajo de la plataforma

todo el tiempo. Tiraban de un carruaje que cargaba al verdugo y a todos los nobles a bordo. *¡La plataforma había sido una trampilla grande!*

–¡NOOOO! –gritó el Hombre Enmascarado e inclinó el cuerpo por encima del balcón lo máximo posible para poder ver mejor.

Para su horror, ¡vio a Ricitos de Oro montando a Avena, y a Jack sobre Hebilla Rebelde! La pareja dirigió los caballos y el carruaje hacia el bosque que estaba más allá del palacio y dejaron atrás docenas de soldados winkies a su paso. *¡La ejecución se había convertido en una misión de rescate bajo las propias narices del Hombre Enmascarado!*

Ricitos de Oro miró hacia atrás, a los nobles rescatados.

–¿Todos están bien?

Los nobles gimieron a través de sus mordazas. Aún tenían vendas sobre los ojos, así que no sabían qué estaba sucediendo. El verdugo se quitó la capa: *¡había sido el Leñador de Hojalata todo el tiempo!*

–¡No teman, Sus Majestades! –dijo él–. ¡Esto es un rescate!

El Leñador de Hojalata cortó las ataduras de los monarcas con el hacha.

–¡Aún no estamos a salvo! –dijo Jack–. ¡Permanezcan agazapados! ¡Será un viaje complicado!

Mientras tanto, los duendes, los trolls, los goblins y los civiles humanos intercambiaban abrazos y celebraban al ver a sus líderes escapar. El Hombre Enmascarado estaba tan furioso que prácticamente lanzaba humo. La piel visible alrededor de sus ojos se tornó tan roja que combinaba con los rubíes de su máscara.



–¡ATRÁPENLOS! ¡TODOS! –le ordenó al Ejército Literario–. ¡NO PERMITAN QUE SE ESCAPEN!

Un aluvión de winkies y soldados naipe a caballo persiguieron al equipo de rescate a través del bosque. La flota de monos voladores los siguió desde el cielo cubierto de humo. Cuando los nobles se quitaron las vendas de los ojos y miraron a su alrededor, comprendieron que huir no parecía probable: era imposible que tuvieran la oportunidad de vencer a los soldados literarios que se aproximaban. Por suerte, Jack y Ricitos de Oro tenían amigos con algunos trucos bajo la manga.

Los winkies y los naipes ganaban velocidad y se acercaban cada vez más al carruaje. Ricitos de Oro le dio una señal con la cabeza a Jack y él silbó. De pronto, Sir Grant y Sir Lampton aparecieron junto a decenas de sus hombres a caballo. Formaron un círculo protector alrededor del carruaje de los nobles y derribaron a los soldados literarios que se aproximaban.

–Sir Lampton, ¿es usted? –preguntó Cenicienta.

–Hola, Su Majestad –respondió él–. Desearía que las circunstancias fueran diferentes, pero ¡estoy muy feliz de ver que está viva!

Los hombres de Sir Grant y Sir Lampton no estaban solos: compartían sus caballos con los Niños Perdidos del País de Nunca Jamás. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, Tootles, Nibs, Curly y los gemelos perdidos saltaron de sus caballos y aterrizaron en el carruaje que contenía a los monarcas. Los Niños Perdidos extrajeron resorteras de los bolsillos, lanzaron rocas hacia los winkies y los naipes, los golpearon en el rostro con los proyectiles y los hicieron caer de sus corceles.



–¡Esto es divertido! –dijo Tootles.

–¡Hagamos un juego! –propuso Curly.

–Diez puntos por cada soldado cuadrado de los grandes y cinco por los dorados –decidió Nibs.

–¡De acuerdo! –dijeron los gemelos.

Los Niños Perdidos rieron tanto mientras observaban cómo los winkies y los naipes caían de sus caballos, que las lágrimas caían sobre sus mejillas rosadas. No se habían divertido tanto desde que partieron de Nunca Jamás.

Gracias a los Niños Perdidos y a los hombres de Sir Grant y Sir Lampton, el número de soldados literarios que perseguían el carruaje había decrecido significativamente. Pero aún quedaban muchos winkies y naipes de los que preocuparse. Por suerte, el equipo de rescate estaba cerca de la siguiente fase del plan.

Mientras se adentraban más en el bosque a toda velocidad, Ricitos de Oro vio una flecha clavada en el lateral de un árbol: *¡era una señal!*

–Jack, ¡veo la flecha! –dijo ella–. ¡Estamos a punto de llegar con los hombres alegres!

Avena, Hebilla Rebelde y Avenita estaban cansados y comenzaron a reducir la velocidad, por lo que Jack se alegró al oír la noticia. Silbó hacia las copas de los árboles lo más fuerte que pudo.

–¿ES AQUEL EL SILBIDO QUE HEMOS ESPERADO O MIS OÍDOS ME ENGAÑAN? –gritó una voz ruidosa desde los árboles.

Jack puso los ojos en blanco y silbó de nuevo.

–¡ALLÍ ESTÁ OTRA VEZ! ¡HA LLEGADO NUESTRO MOMENTO, HOMBRES ALEGRES! ¡ATAQUEN!



Robin Hood y sus hombres alegres bajaron con cuerdas de las copas de los árboles como monos con lianas. El Pequeño Juan, Alan-a-Dale y Will Scarlet atacaron a los winkies y a los naipes. Los lanzaron al suelo y les robaron los caballos. Robin Hood dio un salto en el aire y aterrizó en el carruaje de los monarcas. Se quitó el sombrero e hizo una reverencia ante las reinas.

–¡NO TEMAN, DAMAS! ¡EL VERDADERO HÉROE HA LLEGADO! –dijo él. Les guiñó un ojo con coquetería y besó la mano de Rapunzel, algo que Sir William no apreció.

–*Cielos, de veras odio a ese tipo* –le susurró Jack a Ricitos de Oro.

Robin Hood tomó el arco y el carcaj con flechas que llevaba en la espalda, y comenzó a atacar junto con los Niños Perdidos y a lanzar a los winkies y a los naipes de sus caballos. Después de atinarle a algunos, el príncipe de los ladrones se puso altanero y comenzó a alardear delante de las reinas mientras hacía poses ridículas al disparar.

–NO SE SIENTAN INTIMIDADADOS, NIÑOS PERDIDOS –dijo él y despeinó a Tootles–. LA BATALLA ES PARA HOMBRES.

Tootles golpeó con su resortera el trasero de Robin Hood y lo hizo chillar como un cerdo herido.

–Tootles, ¡guarda eso para el enemigo! –lo reprendió Ricitos de Oro.

–Lo siento, ¡se me escapó! –dijo Tootles.

Para ese entonces, todos los winkies y los naipes habían caído al suelo o se habían retirado hacia el Palacio del Norte. Sin embargo, la persecución aún no había terminado. Chillidos ensordecedores resonaron en el bosque cuando los



monos voladores atacaron al equipo de rescate. Jack silbó de nuevo.

–*Peter, ¡tu turno!* –gritó.

Como un cohete, Peter Pan salió volando desde abajo del carruaje, donde había estado oculto. Sucedió tan rápido que asustó a las familias de la realeza. El niño que no quería crecer les entregó dos bolsas de petardos al Pequeño Juan y a Alan-a-Dale, y unos fósforos a Will Scarlett. Los hombres alegres le entregaron los petardos a Will Scarlet y, después de que los encendió, Peter los alzó al cielo con rapidez. El niño voló por encima de las copas de los árboles y lanzó los petardos sobre los monos voladores que se aproximaban.

Cada explosión sorprendió y aturdió a los monos voladores, y estos revolotearon hacia el suelo. Peter y los hombres alegres continuaron bombardeándolos con petardos hasta que los monos voladores hubieron caído del cielo.

–¡Tomen ESO, murciélagos gigantes! –rio Peter.

Trollbella observaba a Peter Pan maravillada. Su corazón latía tan rápido que de haber tenido alas, se habría unido a él en pleno vuelo.

–¡Siento que me han decapitado y he llegado al Cielo! –dijo ella–. Él es igual que Mantecoso, pero *¡flota y brilla!* *¡No sabía que pudiera existir un chico tan maravilloso!* –luego comenzó a responderse a sí misma–. ¡Basta, Trollbella! ¡Tranquilízate! ¡Te has prometido a ti misma que no amarías de nuevo hasta que el mundo estuviera en mejores condiciones!

Aun así, la reina Troblin intentó atrapar el rastro de polvo de hadas que Peter dejó atrás al volar junto al carruaje.

Al fin libres del Ejército Literario del Hombre Enmascarado, los monarcas y sus rescatistas pudieron respirar con un



poco menos de dificultad. Ricitos de Oro y Jack tomaron las riendas de sus caballos y los hicieron girar con brusquedad hacia la izquierda para guiar al grupo directamente hacia el Bosque de los Enanos.

–¿A dónde vamos? –preguntó Blancanieves.

–A un lugar donde el Hombre Enmascarado y su ejército nunca nos encontrarán –respondió Ricitos de Oro.

–Ahora, todos permanezcan lo más callados posible –indicó Jack–. Cuanto menos ruido hagamos, mejor.

Los monarcas obedecieron las instrucciones. El equipo de rescate pasó el resto del día adentrándose más y más en el Bosque de los Enanos. Los reyes y las reinas miraban con nerviosismo el bosque espeso, dado que la mayoría de ellos nunca antes había estado en aquel lugar. Continuaban esperando que algo aterrador apareciera, pero el bosque infame que hospedaba a las criaturas y a los criminales más peligrosos del mundo de los cuentos de hadas parecía más bien vacío.

Llegaron a un sector montañoso del bosque justo antes del anochecer. Ricitos de Oro detuvo la procesión frente a una gran roca que sobresalía en el lateral de la ladera. Cubrió su boca y colocó las manos en una forma peculiar.

–¡*Cu-CÚ, cu-CÚ!* –exclamó.

El llamado del pájaro resonó en el bosque. El grupo esperó ansioso en silencio. Un instante después, un sonido similar surgió detrás de la roca.

–*Cu-cu-CA, cu-cu-CA.*

Lentamente, dos monstruosos osos negros movieron la roca a un lado y revelaron un túnel oculto en la ladera. Ver a los osos asustó a los monarcas, quienes se abrazaron con fuerza.



–No teman, están con nosotros –susurró Ricitos de Oro–. *Si hay alguien que tiene sus reservas respecto a los osos, esa soy yo.*

El carruaje avanzó por el túnel, seguido de los hombres a caballo. Cuando todo el equipo de rescate estuvo dentro, los osos colocaron de nuevo la roca en su lugar para ocultar otra vez la entrada. El grupo viajó por el túnel varios metros y luego ingresó a una mina cavernosa.

El suelo estaba cubierto de huellas de carros que se extendían dentro de más túneles que avanzaban más profundo dentro de la ladera. Miles de luciérnagas cubrían las estalactitas en el techo e iluminaban la cueva oscura como candelabros de tierra. Había decenas de mantas y edredones envueltos sobre estalagmitas para armar varias tiendas.

Las familias de la realeza se sorprendieron mucho al ver que estaban entre cientos de otros refugiados. Familias de humanos, duendes, trolls y goblins estaban dispersas por la mina. También había varios grupos de animales: zorros, lobos, tejones, osos y pájaros de todo tipo. Incluso *los animales* buscaban refugio durante aquel momento terrible, lo cual explicaba por qué el bosque estaba tan vacío.

También había algunos rostros conocidos entre los refugiados. Hagetta y el fraile Tuck cocinaban juntos en un gran caldero. El Comerciante Itinerante –el anciano que le vendió a Jack los frijoles mágicos que crecieron en aquel tallo infame– estaba sentado contra una estalagmita contando una colección de patas de gallina que guardaba en una pequeña bolsa.

La Reina Caperucita Roja estaba en la parte trasera de la mina, sentada sola y en silencio. Su Abuelita y la viejita que administraba la Posada del Zapato eran quienes estaban sentadas más cerca de ella, tejiendo mantas para hacer más tiendas.



Slightly, el niño perdido que se había convertido en un bebé a causa de una poción rejuvenecedora, dormía una siesta dentro de un moisés junto a las ancianas. Blubo, el pequeño mono volador, estaba acurrucado dentro del moisés a su lado. Abuelita había creído que era un niño extremadamente peludo a causa de su mala visión.

Al ser las mascotas de mujeres muy demandantes, Claudino y Lester se habían convertido en amigos rápidamente cuando los llevaron a la mina. Los animales también dormían juntos y tomaban turnos para usar al otro de almohada.

Rook Robins y su padre estaban sentados en un grupo con otros habitantes de su aldea. Dado que él por poco había llevado a los monarcas a su muerte el año anterior, verlos llenó a Rook de una culpa insoportable. Se excusó del grupo y dio un paseo por los túneles para estar solo.

La entrada del grupo de rescate provocó una gran conmoción. Todos estaban tan felices de ver que las familias de la realeza estuvieran vivas que la mina vibró con los vítores demostrativos. Los refugiados rodearon el carruaje y les dieron la bienvenida a sus líderes al único santuario que quedaba en el mundo de los cuentos de hadas.

–¡Gracias al cielo que están bien! –dijo Hagetta.

–¡Han respondido todas nuestras plegarias! –comentó el fraile Tuck.

Jack desmontó a Hebilla Rebelde y luego ayudó a Ricitos de Oro a descender con cuidado de Avena, un acto que era cada vez más difícil a medida que el embarazo de la muchacha avanzaba. Era solo cuestión de tiempo antes de que le dieran la bienvenida a su hijo al mundo; solo deseaban que lo recibiera un mundo mejor.



Robin Hood y los hombres alegres ayudaron a las reinas a bajar del carruaje, besando sus manos mientras tanto, lo cual molestó mucho a sus esposos.

–¿Dónde estamos? –preguntó la Bella Durmiente.

–Estamos en una mina enana abandonada en las Colinas Occidentales del Bosque de los Enanos –respondió Ricitos de Oro–. No es la extravagancia a la que están habituados, pero estaremos a salvo aquí. Muy pocas personas saben que existe este lugar, y está a kilómetros de las partes del bosque que han quemado.

–Estábamos ocultos en una cueva pequeña en las Montañas del Norte, pero como ven, nuestros números han crecido –añadió Jack.

–¿De dónde son todas estas personas y criaturas? –preguntó el Rey Chase.

–De todos los reinos –respondió Ricitos de Oro–. Son los pocos que lograron escapar del ejército del Hombre Enmascarado. Al igual que ustedes, han perdido todo lo que tenían.

Los monarcas eran muy compasivos con las personas a su alrededor, pero claramente tenían dudas acerca de compartir la mina con las criaturas del bosque.

–Les aseguro que todos y todo en esta mina es seguro –dijo Sir Lampton–. Estamos todos unidos por el mismo enemigo y debemos permanecer así si queremos recuperar nuestro mundo.

Las familias de la realeza intercambiaron miradas y asintieron.

–No encontrarán oposición de nuestra parte –dijo la Emperatriz Elvina en nombre de los monarcas–. Necesitamos dejar a un lado nuestras diferencias del pasado; de otro modo, no habrá esperanza para el futuro.



Dado que los duendes tenían una larga historia de aislamiento por parte de los otros reinos, las palabras de la emperatriz fueron muy contundentes. Ya habían perdido mucho; la *unión* era algo que no podían correr el riesgo de perder.

–¿Dónde están las hadas? –preguntó Rapunzel.

–Ocultas, con suerte –dijo Ricitos de Oro.

–¿Es verdad que convirtieron en piedra al Consejo de las Hadas? –preguntó Trollbella.

–No lo sabemos –dijo Jack con un largo suspiro–. Poco después de que atacaran los reinos, Alex y Conner fueron al Reino de las Hadas para buscar al Consejo y conseguir ayuda, pero nunca regresaron.

Todos en la mina miraron el suelo con ojos preocupados y el corazón apesadumbrado. Aquella era la noticia más perturbadora de todas. Sin el Consejo de las Hadas o los mellizos Bailey, ¿cómo derrotarían al Hombre Enmascarado y a su Ejército Literario? El futuro parecía aún más sombrío que antes.

–Alex tenía razón –dijo Cenicienta–. El Consejo de las Hadas debería haberla escuchado. Si hubieran perseguido al Hombre Enmascarado como ella pidió, nada de esto habría sucedido.

–¿Qué hay de Charlie o del monstruo que se lo llevó? –preguntó el Rey Chandler–. ¿Alguien ha rastreado su paradero?

Todos los refugiados miraron a Roja, pero la reina permaneció en silencio. No tenía fuerzas para revivir aquel momento.

–Roja y los Niños Perdidos lo encontraron en la cabaña de Morina –explicó Ricitos de Oro–. La bruja lo ha encerrado dentro de un espejo mágico. También encontraron a los niños desaparecidos del Reino del Rincón y del Reino Encantador: están bajo una clase de hechizo que drena su juventud.



Con todo lo demás que había ocurrido, los monarcas por poco habían olvidado a los niños desaparecidos.

–¿No podemos planear también un rescate para ellos? –preguntó Rapunzel.

–Han maldecido a los niños con magia muy oscura –explicó Hagetta–. Moverlos de sus camas podría extinguir por completo su fuerza vital.

–Pero ¿y Charlie? –preguntó el Rey Chandler–. ¿Cómo lo sacamos del espejo?

–No podemos hacerlo –dijo Roja débilmente–. Una vez que te encierran en un espejo mágico, es prácticamente imposible liberarse del hechizo. Es necesaria una magia muy poderosa para encerrar a alguien dentro de un espejo, pero se requiere de una magia aún más poderosa para sacar al prisionero de allí.

–Tiene razón –dijo Blancanieves–. Mi madrastra pasó toda su vida intentando liberar al hombre de su espejo. Era tan decidida y capaz como cualquiera, e incluso ella necesitó el *Hechizo de los Deseos* para lograrlo.

Los hermanos Encantador no querían creerlo, pero era imposible huir de la verdad. No había ningún rastro de esperanza a la vista... para *ninguna* de sus preocupaciones.

–Ya no están desaparecidos si sabemos su ubicación –dijo Cenicienta–. Debemos hallar consuelo donde podamos, de otro modo moriremos de preocupación. Dios mediante, los niños y Charlie formarán parte de todo lo que salvaremos en los meses venideros.

–Sí, pero ¿cómo comenzamos a salvar algo? –preguntó Sir William–. ¿Hemos enfrentado alguna vez una amenaza con semejantes desventajas?



Parecía que a cada pregunta le seguían más malas noticias, por lo que todos los presentes en la mina guardaron silencio. Nadie quería aceptar la derrota, pero la pequeña cantidad de esperanza que sobrevivía en sus corazones moría rápidamente. Si no ocurría algo pronto, el mundo de los cuentos de hadas que conocían desaparecería para siempre.

El silencio tenso fue interrumpido por el Comerciante Itinerante, que había estado mordiendo su lengua hasta ese momento.

–*Cof-cof*–tosió.

Todos los refugiados en la mina pusieron los ojos en blanco ante el anciano. Resultaba evidente que él no era popular entre los sobrevivientes. Cuando nadie le dio la palabra, el anciano intentó recobrar la atención.

–¡*Cof-COF!*–tosió más fuerte.

Hagetta fue la única persona con la paciencia suficiente para darle la palabra.

–Sí, ¿qué ocurre, anciano?–preguntó ella.

–¿Puedo hacer una sugerencia?–dijo el Comerciante Itinerante.

Su pregunta fue seguida de inmediato por un coro de suspiros fuertes. Cada vez que el Comerciante abría la boca les llenaba la cabeza de tonterías. Pero, para ser justos con el anciano, Jack alzó las manos e hizo callar a la multitud exasperada.

–A menos que alguien más tenga una sugerencia para compartir, no tiene sentido desacreditar la suya–dijo Jack. Roja gruñó teatralmente.

–Cúbranse los oídos–comentó ella–. He oído que la *locura* es contagiosa en espacios reducidos.



A pesar de la rudeza que recibió de sus pares, el Comerciante Itinerante avanzó hasta el centro de la mina para que todos pudieran verlo, e hizo su sugerencia.

–Quizás todos estamos mirando la situación desde una perspectiva errada –dijo él–. En tiempos perturbadores como estos, no nos torturemos más con preguntas para las que no tenemos respuestas: *¡preguntémosle a las rocas!*

Propuso la idea como si todos los demás supieran de qué hablaba.

–¿PREGUNTARLE A LAS ROCAS? –dijo Robin Hood–. HOMBRES ALEGRES, ¡CREO QUE EL ANCIANO EXTRAÑO NO TIENE TODAS LAS ROCAS ALINEADAS!

Robin rio desquiciado ante su propia broma, pero nadie se unió a él. El Comerciante estaba frustrado por tener que dar explicaciones.

–¡No a cualquier roca! –dijo él–. ¡Tengo en mi posesión unas *valiosas rocas premonitorias* que están conectadas directamente con *la voluntad del destino!*

El anciano demente buscó sus rocas, pero no estaban en su cinturón. Volteó en círculos mirando el suelo en busca del lugar donde quizás las había dejado caer.

–¿Dónde rayos están mis valiosas rocas? –preguntó–. ¿Alguien las ha visto? Estaban en una bolsa de piel de zorrino.

Los cinco Niños Perdidos se ruborizaron.

–Ups –dijo Tootles–. Quizás las usamos durante el rescate.

–¿Que hicieron QUÉ? –gritó el comerciante–. *¡Esas rocas tienen miles de años! ¡Son para predecir el futuro, no para usar como proyectiles!*



–Lo siento, ¡no era nuestra intención! –dijo Tootles.

–No lucían como rocas especiales para nosotros –añadió Curly.

–De verdad, no debería dejar sus rocas tiradas por ahí –asintió Nibs.

–¡Sí! ¡Hay niños aquí! –dijeron los gemelos perdidos.

El Comerciante tomó asiento en el suelo y colocó los brazos alrededor de su cabeza.

–¿Qué se supone que usaré ahora para predecir la voluntad del destino? –preguntó él.

Los Niños Perdidos revisaron sus bolsillos.

–¿Servirían unas *canicas*? –preguntó Tootles.

El Comerciante Itinerante emitió un suspiro profundo y aprehensivo.

–De acuerdo... entrégamelas.

Tootles volcó el contenido de una bolsa pequeña de canicas coloridas en las manos temblorosas del Comerciante. El hombre cerró los ojos, frotó las canicas unas contra otras y susurró unas tonterías extrañas. Por fin, las lanzó al suelo frente a él y con cuidado observó cómo rebotaban y rodaban chocándose entre sí.

–Interesante –dijo él–. *Muy* interesante.

El Comerciante murmuró y balbuceó como si las canicas estuvieran hablando un idioma que solo él comprendía. Era una prueba mucho más severa de lo que los refugiados estaban esperando. La curiosidad se apoderó de ellos y formaron un círculo alrededor del hombre.

–¿Qué dicen las canicas? –preguntó Jack.

–No seas ridículo: ¡*las canicas no hablan!* Simplemente se mueven bajo las órdenes del destino –respondió el Comerciante–.



¿Ves la gris? Opaca, triste y atascada en la suciedad... ;*nos representa a nosotros!* Mira cómo la azul y la rosada se mueven juntas en perfecta sincronía lejos de la gris... ;*Deben representar a los mellizos!* ;No teman, los Bailey están vivos!

Unos pocos refugiados celebraron, pero se detuvieron de pronto cuando recordaron que la información provenía de un anciano excéntrico que hablaba con canicas.

–Pero ¿dónde están? –preguntó Jack.

–Ahora están lejos de nosotros, probablemente en el Otro-mundo... *Pero ;aguarden!*

Todos los refugiados inclinaron el cuerpo un poco más hacia adelante. Loco o no, aquello era lo más entretenido que habían visto en semanas.

–¿Vieron cómo la canica azul y la rosada rodaron hacia la plateada, la amarilla, la violeta y la roja? *Ahora observen:* ;la rosada y la azul ruedan de nuevo hacia la gris junto con la plateada, la amarilla, la violeta y la roja! ;*Miren!* ;*Todas las canicas han quitado a la gris de la tierra!* ;*Es un MILAGRO!*

El Comerciante se puso de pie de un salto y alzó las manos en el aire para celebrar. Los refugiados estaban nerviosos, esperando a que interpretaran el mensaje. Incluso si la noticia no era tan grandiosa como parecía, el entusiasmo del Comerciante era contagioso. Esperaban que aquello no fuera la *locura* que Roja había mencionado.

–¿Qué significa todo eso? –pregunto Jack.

–Significa que los mellizos tendrán que viajar a lugares muy, muy lejanos, pero ;regresarán con ayuda y salvarán nuestro mundo! –dijo el Comerciante–. Pero esto ocurrirá si, y *solo* si...

–¿Sí?



–*Los mundos colisionan* –concluyó el Comerciante con los ojos muy abiertos y llenos de energía.

Nadie sabía a qué se refería el anciano, pero estaban tan desesperados por oír algo positivo que lo tomaron como una buena señal. Sin embargo, Roja no era igual de entusiasta.

–Lo único que veo es a un anciano que ha perdido sus canicas –dijo ella.

Lentamente, los otros refugiados entraron en razón. Que aquello fuera lo más cercano a una buena noticia que habían recibido no lo hacía verosímil.

–Concuerdo con el anciano –anunció Ricitos de Oro–. No importa lo que digan o no las canicas: los mellizos Bailey nunca nos han defraudado. Que no hayamos tenido noticias de ellos aún no significa que debemos rendirnos. Debemos tener fe de que regresarán con ayuda.

–Pero ¿qué hacemos mientras tanto? –preguntó Roja.

–*Esperar* –dijo Ricitos de Oro–. Es lo único que podemos hacer.

